



Ashley King, de 9 años (en el centro), y otros niños disléxicos de Madrid posan con sus gafas de lentes coloreadas. / DIEGO SINOVA

Gafas de colores para la dislexia

DALE FUCHS

MADRID.— Esta historia empieza como cualquier otra en la que la protagonista se llama Dislexia. Se levanta el telón: unos padres frustrados, Nicole y Bobby King, de Villafranca del Castillo, pierden la paciencia y empiezan a echarse la culpa el uno al otro por el fracaso de sus retoños en el cole. Entran en escena los niños, Brett y Ashley, que se sienten contrariados, avergonzados y no comprenden por qué se portan tan mal las letras en la página de sus cartillas escolares.

Como en todas estas historias, los días transcurren entre visitas al oculista, a la logopeda, al psicólogo, hasta al famoso curso de Ron Davis que dura cinco días y cuesta 3.000 euros. El resultado: mucho cansancio, muchos gastos, pocos resultados.

«Ashley se estresaba, me decía: 'es que las palabras saltan', recuerda su madre. «Una vez, llegó a darse cabezazos contra la pared diciendo 'soy tonta'».

«No quería leer en alto porque leía mal y tenía miedo de que si decía una cosa mal, la clase se reiría de mí», afirma Ashley, de nueve años. «Tardaba tres horas en hacer los deberes».

Los padres de dos niños encuentran un invento británico, diseñado para daltónicos, que ayuda a sus pequeños a leer sin que les bailen las letras

Pero esta historia —tan común entre el 10 y el 15% de la población infantil que padece de este trastorno— tiene un final feliz. Los padres se enteraron un día de que existían unas gafas —diseñadas originalmente para daltónicos, con lentes de distintos colores, según las necesidades de cada persona— que, según parece, ¡ha corregido la dislexia de Ashley y Brett! ¿Demasiado sencillo? Da igual. Los niños juran que funcionan.

«Sin las gafas, las letras se movían, como si estuvieran en el recreo, y con las gafas, es como si las letras estuvieran en clase, tranquilas», explica Ashley, que lleva una lente azul y otra de color aguamarina.

Cuando Brett, de ocho años, las puso por primera vez pensaba que eran «gafas mágicas de Harry Potter» que le permitían leer. «Antes las letras eran pálidas y pequeñas», recuerda. «Ahora son más oscuras y la profesora dice que leo mejor que otros niños».

«Sin las gafas,
las letras se
movían, saltaban,
como si estuvieran
en el recreo...»

Las «gafas mágicas» se llaman lentes ChromaGen, un invento inglés comercializado por la empresa Cantor & Nissel. Ganaron el premio del Producto Milenio del primer ministro Tony Blair en 1998 por su éxito con daltónicos. Su

utilidad para disléxicos se descubrió por casualidad. Las lentes —en realidad, unos filtros de colores— no mejoran la vista en sí, sino que regulan la velocidad con que el cerebro recibe y registra los estímulos

visuales, según explica Nicole King, madre de los felices lectores. En su página web, una clínica inglesa, Zeidan Centre, se jacta de haber tratado a 1.700 niños disléxicos.

King descubrió el artilugio cuando su madre, en Inglaterra, le envió un recorte del *Daily Mail*. Las gafas, sin embargo, fueron imposibles de encontrar en España, así que los padres desesperados tuvieron que ir a por ellas.

Todo eso pasó hace más de dos años y los King, que se ganan la vida fabricando cinturones de seguridad para embarazadas y ropa de bebé, se han metido en una especie de cruzada para promover el invento en nuestro país. Llamaron a los logopedas, a los centros para disléxicos y hasta a los oculistas. Se dieron contra la pared. «Ganan demasiado con los largos tratamientos, no les interesa», dice Nicole.

Así que fundaron su propio negocio, ChromaGen España (www.chromagen-spain.com), que vende las gafas a 460 euros, un poco más de su coste. Y las regalan a los que no pueden pagar. King afirma que 68 niños españoles ya leen a través de sus lentes amarillas, rojas, azules o verdes, y las palabras nunca se han comportado mejor.